El cuadro de manos quietas

Por Shyvirelle

Comedia en una escena para tres intérpretes. Duración orientativa: 8–10 minutos, a ritmo conversado, con pausas breves para que se lean las posturas desde el público.

Reparto

AURELIO: pintor de retratos, meticuloso, persuadido de que una mano inmóvil dice la verdad.

IRENE: hermana mayor, práctica; quiere llevar un paquete de galletas a la reunión de su edificio.

LUCÍA: hermana menor, rápida para responder; prometió llevar el mismo paquete a una merienda con amigos.

Espacio y utilería

Un taller sencillo. Un banco resistente en el centro, un caballete o atril con una hoja grande y un lápiz de dibujo. Un paquete de papel suficientemente grande para verse desde la última fila, con ocho galletas reales o de utilería, fáciles de contar y repartir. No hace falta mostrar un cuadro terminado. No intervienen voces grabadas ni otros personajes.

Escena única

(Al comenzar, AURELIO está de pie junto al caballete. IRENE y LUCÍA entran juntas desde un lateral. IRENE lleva el paquete. LUCÍA conserva dos dedos apoyados en una esquina del papel, de modo que parece que ambas lo transportan. Se detienen ante el banco sin soltarse.)

AURELIO. Perfecto. Han llegado a la vez. Así nos ahorramos el problema de decidir quién espera a quién.

IRENE. Yo he llegado primero.

LUCÍA. Yo he llamado al timbre.

AURELIO. Y el timbre, con admirable imparcialidad, las ha admitido a las dos. Siéntense.

(Las hermanas se sientan sin soltar el paquete. Una tira suavemente hacia la izquierda; la otra corrige hacia la derecha.)

AURELIO. Me han pedido un retrato para el salón familiar. Quiero algo sencillo. Dos hermanas. Una tarde tranquila. Las manos quietas.

LUCÍA. ¿Y si una de nosotras suele hablar con las manos?

AURELIO. Que hable con la cara durante diez minutos.

IRENE. Con la cara también discute.

LUCÍA. Irene confunde discutir con señalar detalles que le resultan incómodos.

AURELIO. No necesito que estén de acuerdo. Los buenos retratos toleran cierta diferencia de opinión.

IRENE. Entonces le encantará este. Llevamos veinticinco minutos intentando decidir una sola cosa.

LUCÍA. Veintidós. Los tres primeros estaba buscando las llaves que Irene llevaba en la mano.

AURELIO. ¿Y en qué momento encontraron las llaves?

IRENE. Cuando dejé de buscarlas y abrí la puerta.

AURELIO. Interesante. Intenten aplicar ese método a lo que llevan ahí. De momento, las manos quietas.

IRENE. Las mías lo están.

LUCÍA. Está tirando del paquete.

IRENE. Estoy impidiendo que se caiga.

LUCÍA. De mis manos.

AURELIO. ¿Podemos dejar el paquete a un lado?

IRENE y LUCÍA. No.

(AURELIO contempla la situación como un artista ante una decisión difícil.)

AURELIO. Bien. Será un retrato con paquete. No es la primera vez que la pintura se adapta a un objeto.

IRENE. Es un paquete temporal.

LUCÍA. Precisamente por eso tenemos que decidirlo antes de salir.

AURELIO. ¿Decidir qué?

IRENE. Quién lo lleva.

LUCÍA. Ella dice que es suyo porque lo recogió de la panadería.

IRENE. Lo pagué yo.

LUCÍA. Con dinero que puse yo sobre la mesa.

IRENE. Porque te debía la mitad del taxi.

AURELIO. Creo que he entendido por qué quieren un retrato. Los documentos escritos no les bastan.

(AURELIO se coloca detrás del caballete.)

AURELIO. Primera postura: espalda recta, mirada al frente. Irene, deje una mano sobre el regazo y la otra sobre el papel. Lucía, coloque las dos sobre las rodillas. Quietas.

(Obedecen. El paquete queda claramente sujeto por IRENE. AURELIO levanta el lápiz.)

LUCÍA. Si pinta eso, todo el mundo creerá que las galletas son de Irene.

AURELIO. La pintura no es un recibo.

LUCÍA. Pero puede parecerlo colgada treinta años en un salón.

IRENE. Treinta años me parecen suficientes para reconocer una compra.

AURELIO. Cambio de postura. Irene, las manos en el banco. Lucía, sostenga el paquete. Quietas.

(Se produce el relevo. Ahora el paquete parece pertenecer a LUCÍA.)

IRENE. ¡Ah, no! Así parecerá que yo se lo estoy entregando.

LUCÍA. Es una imagen muy generosa de ti.

IRENE. Y muy poco exacta.

AURELIO. No puedo dibujar dos versiones de quién posee las galletas.

IRENE. Puede poner el paquete cerca de ella y mi mano encima. Así se ve que estoy pendiente.

LUCÍA. Eso parece que me estás vigilando.

IRENE. Quiero decir pendiente de que no se pierda.

LUCÍA. También se puede vigilar algo para que no se escape de uno.

AURELIO. Desde este lado del caballete, una mano encima de la otra parece una negociación difícil.

IRENE. ¿Y desde el otro lado?

AURELIO. Una negociación difícil que ya está cansando al pintor.

LUCÍA. Al menos el cuadro será realista si no les da la razón a las manos de Irene.

AURELIO. Las manos de Irene no han hecho ninguna declaración.

IRENE. Porque usted les ha ordenado estar quietas.

(AURELIO deja el lápiz. Recorre el frente del banco como quien estudia una escultura que no coopera.)

AURELIO. Segunda solución: el paquete en el centro, sobre el banco. Ninguna lo toca. Las dos manos abiertas, palmas arriba, a la misma altura.

(Las hermanas apoyan el paquete entre ambas. Levantan las palmas. El papel empieza a deslizarse hacia un lado. Las dos se inclinan para detenerlo, pero se frenan antes de tocarlo.)

LUCÍA. Se está cayendo hacia Irene.

IRENE. Porque el banco está inclinado.

AURELIO. El banco no está inclinado.

IRENE. Entonces es una elección del paquete.

LUCÍA. Yo pediría una segunda opinión.

(Pausa. AURELIO recupera el paquete antes de que caiga y lo devuelve al centro.)

AURELIO. Si estas galletas fueran una jarra, la pintura se titularía *Dos hermanas con jarra*, y nadie discutiría.

IRENE. Depende de quién hubiese lavado la jarra.

LUCÍA. O de quién necesitara agua.

AURELIO. Me veo obligado a aceptar que la jarra tampoco nos salva.

IRENE. Podemos meter las manos en los bolsillos. Así no se ve ninguna.

LUCÍA. Pero usted quería pintar manos.

AURELIO. No es obligatorio. Aunque tendría que llamar al cuadro *Dos hermanas con algo escondido*.

IRENE. Eso sí que no. Mi bolsillo tiene un pañuelo.

LUCÍA. Y el mío, una lista de compras que te negaste a leer.

AURELIO. Les aseguro que no tengo interés en inventariar sus bolsillos.

IRENE. Entonces quizá las manos cruzadas. Detrás del banco. Completamente lejos del paquete.

LUCÍA. Si las escondemos detrás del banco, tampoco podremos impedir que se caiga.

AURELIO. Acepto el riesgo. Voy a probar su idea.

(Señala las manos de cada hermana, como un director que reparte posiciones.)

AURELIO. Tercera postura: mano derecha de Irene detrás del banco. Mano izquierda de Lucía detrás del banco. Las otras dos manos, lejos del paquete. Manténganse así mientras dibujo.

(Las hermanas se acomodan. Para evitar tocar las galletas, terminan con los codos cruzados detrás de la espalda y una postura extraordinariamente incómoda.)

IRENE. Me está dando un calambre en el hombro.

LUCÍA. A mí también, pero si te mueves, parecerá que estás intentando cogerlo.

IRENE. Si me quedo así, parecerá que me han detenido.

AURELIO. No se muevan. Hay un instante de simetría.

LUCÍA. ¿Es un instante largo?

AURELIO. En pintura puede durar siglos.

IRENE. Entonces estamos en el peor lugar posible para tener un calambre.

(AURELIO se asoma desde el caballete. Las hermanas empiezan a inclinarse en direcciones opuestas sin mover las manos; el gesto debe ser amplio y legible.)

AURELIO. ¡Alto! Ahora parecen dos personas que no quieren sentarse juntas.

LUCÍA. Usted nos ha atado con instrucciones que ni siquiera son cuerdas.

IRENE. Y con las cuerdas al menos sabríamos dónde termina el nudo.

(AURELIO les permite descansar. Las dos retiran las manos a la vez; cada una intenta tomar el paquete y lo suelta de inmediato, sorprendida de coincidir.)

AURELIO. Podría sostenerlo yo mientras hago el boceto.

LUCÍA. Entonces parecerá que usted es el dueño de las galletas.

IRENE. O que se las hemos llevado como pago.

AURELIO. Mi tarifa no se calcula en galletas.

LUCÍA. ¿Y no podemos retratarnos sin objeto alguno?

IRENE. Puedes salir del taller con las manos vacías. El paquete no tiene que posar para demostrar que existe.

LUCÍA. Tú serías capaz de decir después que lo dejé voluntariamente.

AURELIO. Esto me recuerda por qué prefiero pintar paisajes. Las colinas rara vez discuten sobre quién es propietario de una nube.

IRENE. No conoce las disputas por las vistas de mi edificio.

(AURELIO se queda un instante inmóvil, con el paquete entre las dos hermanas, como si el modelo fuese él. Lo deja sobre el banco y se aparta del centro.)

AURELIO. ¿Por qué lo quieren tanto?

IRENE. En mi edificio harán una reunión después de arreglar el ascensor. Quiero llevar algo.

LUCÍA. Yo prometí galletas para la merienda de un grupo de lectura. No están sobradas de presupuesto.

AURELIO. Es decir, que ninguna piensa comérselas sola.

IRENE. No era ese el punto de la discusión.

LUCÍA. Aunque empieza a parecer el punto que se nos escapó.

AURELIO. Les he pedido que no muevan las manos, y cada vez que obedecen dejan de parecer ustedes. Les haré otra propuesta. No posen. Hagan lo que realmente vinieron a hacer.

(AURELIO aparta el lápiz, dejándoles tiempo. LUCÍA abre el paquete con cuidado para no romperlo. Coloca el papel desplegado sobre el banco. Hay ocho galletas grandes, claramente contables.)

LUCÍA. Son ocho.

IRENE. Cuatro para el ascensor y cuatro para tus lectores.

LUCÍA. No dijiste «tus lectores» de manera amable.

IRENE. No. Pero cuatro siguen siendo cuatro.

(Se miran y sonríen apenas. Cada una toma cuatro galletas. IRENE dobla una mitad del papel a modo de envoltorio; LUCÍA sostiene la otra. AURELIO se coloca delante del caballete, lápiz preparado.)

AURELIO. Un momento. Quédense ahí.

IRENE. ¿Otra vez quietas?

AURELIO. Solo lo suficiente para mirar. Después pueden seguir.

(Las hermanas juntan los dos extremos del papel para partirlo limpiamente por el pliegue. Las manos se encuentran en el centro, abiertas y ocupadas en repartir, no en retener. Desde la última fila debe verse el movimiento amplio de separación y el gesto simultáneo de ofrecerse cada mitad. AURELIO dibuja tres trazos rápidos.)

LUCÍA. ¿Ya está?

AURELIO. Ya tengo el cuadro.

IRENE. ¿Sin habernos quedado inmóviles?

AURELIO. Les pedí manos quietas para poder verlas. Al final las he visto cuando por fin hicieron algo.

LUCÍA. ¿Y cómo lo va a titular?

AURELIO. *Dos hermanas*. Esta vez no necesito mencionar el paquete.

IRENE. Menos mal. El paquete sale dividido.

(IRENE y LUCÍA se levantan, cada una con su mitad. Salen juntas por el mismo lateral por el que entraron, conversando en voz baja sobre a quién darán la primera galleta. AURELIO queda solo frente al caballete, alza una mano como para hacer un ajuste y la detiene. Mira su propia mano, la baja y continúa dibujando.)

FIN